

LA HUMILDAD SEGÚN GABRIEL DESHAYES



Gabriel Deshayes tiene una convicción profunda: la verdadera **fecundidad** apostólica nace de la humildad. No habla de ella como una virtud secundaria, sino como el cimiento sobre el cual se construye toda la vida cristiana y religiosa:

“La humildad es la base y fundamento de todas las virtudes.”¹

Quien sirve a Dios no lo hace apoyado en sus méritos, talentos o derechos, sino reconociendo que **todo proviene de Él**. Gabriel invita a sus hijos espirituales a verse como “los más pequeños”, no como un gesto de falsa modestia, sino como una actitud interior que permite a Dios actuar con plena libertad. Cuando el ser humano se vacía de sí mismo, cuando el yo no ocupa todo el espacio del corazón, Dios puede llenarlo con su gracia

“Dios ama usar los medios más débiles para procurar su gloria.”²

Dios ama al hombre que pone su confianza en Él plenamente, que se deja conducir, que no se considera protagonista exclusivo y preponderante de la misión, sino, como María, simple ‘**siervo**’ y que, por lo tanto, no valora su labor desde la categoría éxito-fracaso:

“Cuando, antes de emprender una buena obra, he consultado a Dios en oración y estoy convencido de que él la requiere de mí, nada me detiene. Si tengo éxito, doy gloria a Dios; si fracaso, no por eso soy menos feliz”.

La humildad, lejos de paralizar, despierta la **confianza**. Al saberse instrumento, la persona no se encierra en sus límites, sino que confía más plenamente en el poder de Dios. Así, la debilidad humana se transforma en lugar de manifestación de la fuerza divina:

Tengan tanta más confianza en Él cuanto más desconfíen de ustedes mismos. Procuren que cada uno de ustedes crezca en perfección a medida que crece en edad, y que cada día aumente su humildad, su sencillez, su caridad, su celo por la salvación de las almas.³

Esta virtud está íntimamente ligada a la **comunidad**. Gabriel exhorta a sus hermanas y hermanos a renunciar incluso a sus propios derechos por amor a la paz y la unidad. Es una humildad concreta, encarnada en la convivencia diaria, que se traduce en dulzura, paciencia, caridad y servicio. La comunidad cristiana florece no donde hay ambiciones personales, sino donde reina un corazón humilde y un espíritu fraterno.

¹ Sermón sobre María.

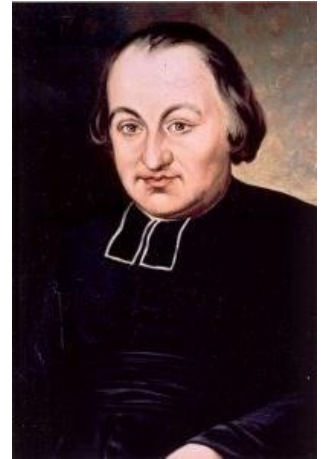
² A la Hermana Teresa, 1838

³ Idem

“Por humildad renuncian a lo que parecen ser sus derechos para preservar la paz que hace felices a las Comunidades.”⁴

Gabriel invita a cultivar esta virtud no como un acto esporádico, sino como un **camino espiritual** permanente. La humildad abre el corazón a la gracia, dispone a acoger la Palabra con docilidad y prepara el alma como una “casa donde Dios quiere habitar”. Es, en definitiva, una disposición interior que permite que la misión sea más de Dios que del hombre.

“Señor, dame una fe viva, una humildad profunda, un amor ardiente. Pon en mi corazón las sagradas disposiciones que deseas encontrar allí.”⁵



Para reflexionar

¿Soy de los que creen que el éxito en la misión depende exclusivamente de mí?
¿Me siento acompañado y dirigido por el Señor en la misión?

⁴ Circular a las hermanas, 1841

⁵ Sermón sobre la primera Comunión